

trucción del espacio urbano que gobernó en sus imaginarios, el crítico logra exponer la tensión creada por las contradicciones fundacionales del modernismo que cité antes, y en cuya base está, como se ve, un conflicto de naturaleza puramente espacial.

Hay que señalar que Álvaro Salvador Jofre obtuvo, con este libro, el Premio Casa de las Américas 2002, en el rubro de ensayo artístico-literario. Se trata, pues, de un texto bien escrito y bien fundamentado; el autor se esmera en acotar sus dichos en el análisis textual, que es donde está su mayor valor. Además, se cuida de elaborar, para cada ciudad que estudia, una síntesis histórica de su transformación para enmarcar el análisis y hacerlo más claro. Su *corpus* es certero y su bibliografía muy extensa. Tengo, sin embargo, algunos reparos, muy pocos, que señalo ahora. Aunque se trata de un libro manejable, de pequeño formato –muy cómodo para la lectura–, hay apenas espacio suficiente para los márgenes y las letras parecen encimarse unas en otras; el texto se ve forzado a entrar en un formato menor para el que seguramente fue diseñado. Un descuido a la hora de citar provoca que a Aníbal González se le llame recurrentemente Aníbal Núñez, aunque la referencia en la bibliografía se asiente de manera correcta. El libro da la impresión –que el autor corrobora–, de haber sido escrito por partes, en forma de artículos publicados o leídos en diversos lugares, esto provoca cierta falta de unidad. Se dice, por ejemplo, en el último capítulo: “Simmel, en uno de sus trabajos más significativos” (p. 150), cuando se le ha citado desde la Introducción y el lector conoce bien la referencia y la importancia del texto para el libro. El detalle revela una estructura un tanto difusa y la necesidad de un mayor trabajo con el texto que ayude a concebirlo como una verdadera unidad. Hubiera sido útil, para este propósito, un capítulo de conclusiones que retomara las ideas centrales de cada uno de los ensayos y las relacionara unas con otras para dar definición a la propuesta del libro. *El impuro amor de las ciudades* ofrece ideas muy sugerentes sobre un tema y unos autores –algunos de ellos– olvidados por la crítica; pero, sobre todo, invita a leerlos de nuevo, o por primera vez, desde otro lugar, detenidamente.

YLIANA RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
El Colegio de México

JAVIER DE NAVASCUÉS (ed.), *De Arcadia a Babel. Naturaleza y ciudad en la literatura hispanoamericana*. Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt/M.-Madrid, 2002; 325 pp.

De Arcadia a Babel reúne un sugerente conjunto de dieciséis trabajos, resultado de un coloquio organizado por la Universidad de Navarra

en abril de 2001 en torno a un tema común: la representación imaginaria del espacio en la literatura hispanoamericana. Un tema vasto sin duda que, al organizarse en torno a la oposición naturaleza frente a ciudad o Arcadia frente a Babel, logra acotar los términos de la reflexión. Como señala Javier de Navascués en la Introducción al volumen, no siempre se trata de una disyuntiva (aunque sí lo fue en el pasado), y “en algún caso tal vez pueda vislumbrarse la posibilidad de una superación conciliadora de los opuestos” (p. 9). Sea como fuere, el tema se revela fructífero probablemente porque los términos de esta antinomia tocan asuntos esenciales como el de la identidad cultural del continente americano que, como es bien sabido, estuvo asociada mucho tiempo a la geografía americana.

La mayoría de los ensayos se dedican a la literatura hispanoamericana del siglo xx y sólo algunos salen de este marco para explorar la Colonia y el siglo xix. Es el caso del documentado estudio de Antonio Lorente Medina que reflexiona sobre los primeros textos que en la Colonia destacan la “grandeza” de la ciudad de México, nueva Babilonia, un tópico que arranca con los cronistas de Indias y que adquiere mayor relieve en la poesía de Eugenio de Salazar y, desde luego, en la obra de Bernardo de Balbuena. La contraposición entre naturaleza y ciudad, y en particular “la ruptura y matización de los binarismos” (como la famosa dicotomía sarmientina de “civilización” y “barbarie”), es analizada con agudeza por Rosa María Lojo en la obra narrativa de una mujer, Eduarda Mansilla, la hermana, mucho menos conocida, del autor de *Una excursión a los indios ranqueles*. Otro ensayo, de Álvaro Salvador, rescata un artículo “semidesconocido” (y un tanto marginal, hay que agregar) de Rubén Darío, publicado en 1886: se trata de una alabanza al intendente de Santiago de Chile, Benjamín Vicuña Mackenna, quien acababa de fallecer. Vicuña Mackenna, siguiendo el modelo de Haussmann, reconfigura el espacio urbano de la capital chilena para convertirla en una ciudad moderna. El texto de Darío sobre el urbanista renovador permite a Salvador reflexionar sobre la “ciudad ideal” del modernismo y su importancia en la poética modernista, aspecto que el autor ha desarrollado más ampliamente en trabajos anteriores. Carlos Mata Induráin estudia *El doctor Navascués. Novela de costumbres americanas* del Padre Fabo de María (originario de Navarra, el religioso emigra a Colombia a finales del siglo xix), una novela que pertenece más al siglo xix que al xx, aunque fue publicada en 1904, en ella también se trastoca o subvierte la antinomia tradicional del liberalismo hispanoamericano, aunque en definitiva esta novela resulta bastante conformista al privilegiar la cultura y la civilización rural, portadora, según el autor, de los valores tradicionales y cristianos.

Un capítulo sobre cuestiones generales en torno al problema del espacio y su representación literaria en la literatura hispanoamericana-

na abre el volumen. Fernando Ainsa hace un interesante recorrido histórico por la representación de los espacios urbanos en la literatura hispanoamericana, desde la literatura prehispánica (el *Popol Vuh*) hasta los textos contemporáneos. Pese al deterioro real que viven hoy las megalópolis hispanoamericanas, Ainsa concluye que “el espacio urbano sigue siendo el lugar metafórico y privilegiado de la fundación por la palabra de los nuevos mundos del imaginario” (p. 39). Alicia Llarena, en un ensayo también abarcador como el de Ainsa, analiza los vínculos entre el espacio y la construcción de la identidad cultural del continente. Aunque ya no se busque hoy la novela total, Llarena observa que el espacio, “su capacidad de síntesis de la naturaleza y la personalidad americanas” (p. 50), sigue siendo un elemento esencial en las ficciones de las últimas generaciones. Graciela Montaldo en “Sujetos y espacios: las masas hispanoamericanas y la ocupación territorial” propone una reflexión sobre las relaciones entre masa, poder e intelectuales en distintos momentos de la cultura latinoamericana, desde Sarmiento y la fundación del Estado moderno, Martí, Darío, Rodó hasta el *Calibán* de Roberto Fernández Retamar. Aunque en Sarmiento coinciden estos sujetos en conflicto (intelectual/masa o letrado/horda) con un marco claramente espacial (civilización frente a barbarie o ciudad frente a campo), éste se va diluyendo progresivamente en una multiplicidad de lugares, “cambiantes y coyunturales” (p. 67), en lo que podría entenderse como una representación simbólica de lo social.

En la sección titulada “En busca de Arcadia” destacaremos los trabajos de María Cecilia Graña sobre la narradora colombiana Marvel Moreno y de Javier de Navascués sobre el peruano Julio Ramón Ribeyro porque en estos autores, junto con el rechazo de la vida urbana, por inauténtica y alienante, se abre paso la posibilidad, en el seno de lo urbano, de un espacio natural protegido: ‘jardín secreto’ en Moreno y multiplicidad de jardines en los relatos de Ribeyro, jardín como signo de identidad (de un barrio limeño como Miraflores, por ejemplo) y como espacio de la memoria personal. En “La susurrante vastedad”, ensayo incluido en esta misma sección, Rosalba Campa—quien editó hace unos años un conjunto de estudios, *La selva en el damero* (1989), también sobre el espacio urbano y su representación literaria en América Latina— ofrece una sugerente lectura del imaginario acuático de Haroldo Conti en la novela *Sudeste* y de Abelardo Arias en *Aquí fronteras*, imaginario complejo, laberíntico “en el que la visión de la naturaleza se rehúsa a la simplificación” (p. 151).

La última sección del libro, titulada “Un nuevo alfabeto para Babel”, reúne cinco ensayos que recorren la modernidad literaria hispanoamericana desde el Modernismo—el ensayo de Álvaro Salvador al que ya nos hemos referido— hasta las recreaciones literarias más contemporáneas de la monstruosa ciudad de México. En un ensayo

sobre la “Buenos Aires de Borges y Arlt” Blas Matamoro se propone acercar las visiones de la ciudad de Borges y Arlt, tratando de alejarse de los lugares comunes (basta recordar la oposición entre Boedo y Florida) que la historia literaria ha construido en torno a ambos. ¿Qué los une, según Matamoro? Varios temas como el de la traición, la infamia, el compartir cierto nihilismo y el hecho de que se muestran “fascinados por los ejemplos de deslealtad y canallería” (p. 280). Tal vez más cuestionable o menos convincente sea la asociación que establece Matamoro entre los terroristas arltianos y los cuchilleros borgianos. Al reflexionar sobre la conformación de sus lenguas literarias, Matamoro llega a la conclusión de que son “divergentes ejemplos del mismo babelismo porteño” (p. 279). Tanto Arlt como Borges construyen en efecto una ciudad imaginaria “que alimenta el mito porteño” y que los distingue de los escritores realistas de su tiempo.

Laura Santamaría analiza un conjunto de relatos de Eduardo Mallea, *La red*, publicados en 1968, un escritor olvidado hoy pero que tuvo mucha importancia en los años 30 y 40, el autor de novelas como *La ciudad junto al río inmóvil* o *La bahía del silencio* en las que creó “una suerte de mitología y tipología porteñas” (p. 288). Santamaría destaca que una de las constantes presente en todas sus obras es la “búsqueda de identidad en los niveles, personal, nacional y literario” (p. 289). Como bien lo apunta el título (*La red*) el espacio urbano “se convierte en metáfora de la condición interior” del personaje, incomunicado y atrapado en la red o cárcel que es Buenos Aires. El autor persigue una suerte de “intrahistoria” de Buenos Aires en la que predomina una visión pesimista de la ciudad.

Sara Poot Herrera analiza dos novelas recientes que tienen por escenario la ciudad de México: *Y retiemble en sus centros la tierra*, de Gonzalo Celorio, cuyo personaje se mueve en el centro histórico de la ciudad, y *El sitio* de Ignacio Solares; novelas que trazan los laberintos textuales, pero también geográficos e históricos, en los que se mueven los protagonistas de ambas novelas. Por último, Vicente Quiarte, en un texto creativo, reconstruye, por medio de un viaje en metro por la ciudad de México la madrugada del primero de enero del nuevo milenio, el itinerario histórico y literario de la ciudad de México, aborrecida, degradada pero a la vez entrañable, un itinerario en el que la ciudad es el personaje central desde los modernistas hasta el presente. En suma, un retrato en movimiento de la ciudad de México que el autor ha documentado ampliamente en el libro *Elogio de la calle: biografía literaria de la Ciudad de México (1850-1992)*, publicado en 2001.

La mayoría de los artículos reunidos en *De Arcadia a Babel* constituyen estimulantes lecturas que invitan a la revisión de la antinomia naturaleza frente a ciudad en la representación literaria de América.

Parece claro que hoy no se trata ya de una simple oposición: por el contrario, como lo demuestran algunos de los trabajos, los matices y cruces parecen más significativos en las nuevas cartografías literarias del continente.

ROSE CORRAL
El Colegio de México

Ecos del exilio. 13 poetas hispanomexicanos. Antología. Sel. y est. preliminar de Bernard Sicot. Edición de Castro, La Coruña, 2003; 457 pp. (*Biblioteca del Exilio*, 17).

Hace poco, en un artículo solo a medias humorístico, glosaba Juan Goytisolo algunos de los cómicos errores que se producen en la actualidad, sobre todo allí donde intervienen los periodistas, a la hora de identificar escritores famosos atribuyéndoles una cara determinada. Puesto que vivimos en tiempos “en los que la escritura es sustituida por su simulacro –por la imagen icónica del escritor ante su mesa de trabajo–”, propone contribuir ya decisivamente al embrollo publicando obras de un escritor con la foto de otro cualquiera, obtenida por sorteo, y acabar así “con el empalagoso culto a la imagen del vate, pensador o coplero que se superpone hoy al contenido de lo que escribe hasta borrarlo por completo”¹. Esto que denuncia Goytisolo es susceptible de ampliación en varios sentidos: se puede y se suele también reemplazar la lectura de una obra por su simple adquisición, y no digamos si el libro viene avalado por el rótulo de Obras completas. Y claro es que también ahorra mucho tiempo leer las cuartas de cubierta o las solapas de los libros, y, cuando no hay otro remedio, las reseñas o los manuales de historia literaria.

Vienen a cuento estas reflexiones porque el libro que comentamos se encuentra en los antípodas de tales tendencias. Ni ofrece retratos de estos trece autores “no del todo mexicanos” (p. 19), ni tampoco pretende dar al lector una idea de sus trayectorias poéticas: riguroso orden cronológico, escuetos datos biobibliográficos y, a continuación, poemas desnudos, a veces fragmentarios, casi sin notas, extraídos de los libros que el antólogo ha considerado pertinentes a su propósito: “respetar el criterio temático del exilio” (p. 21). El resto, es decir, la introducción, de 33 páginas, se dedica a dilucidar qué puede entenderse a estas alturas por exilio, y a averiguar si los poetas representados forman parte de un grupo o de una genera-

¹ “El ceremonial esclarecedor de la confusión”, *El País*, sábado 20 de noviembre de 2004, p. 24 de “Babelia”.